

COMITÉ EDITOR:

Javier de Belaunde López de Romaña

Alfredo Bullard González

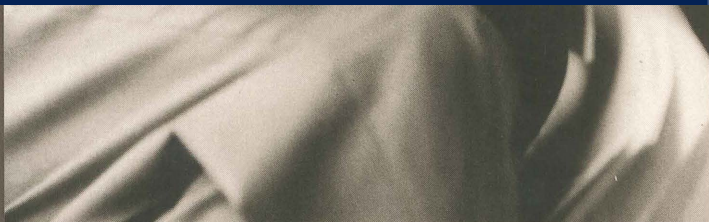
Luis Pizarro Aranguren

Carlos Alberto Soto Coaguila

*Homenaje  
a  
Jorge  
Avendaño*



**Capítulo 9**



Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2004

Homenaje a Jorge Avendaño  
Tomo I

Comité Editor: Javier de Belaúnde López de Romaña  
Alfredo Bullard González  
Luis Pizarro Aranguren  
Carlos Alberto Soto Coaguila

Diseño de carátula: Iván Larco

Copyright © 2004 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica  
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima  
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411  
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa:  
ISBN: 9972-42-645-9  
Depósito legal: 1501052004-5274

Tomo I: 9972-42-646-7

Primera edición: junio de 2004

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

## Retrato de un forjador y maestro

Raúl Vargas Vega

ES CON VIVO AGRADO Y RECONOCIMIENTO que me aúno al merecido homenaje al doctor Jorge Avendaño y su ejemplar trayectoria de maestro, jurista y ciudadano. En esta ocasión deseo colaborar con un texto que fue un comentario escrito con ocasión de la presentación de su libro *A la luz del Derecho. Cinco años en el Congreso de la República* en donde, principalmente, se reseñan los importantes aportes del destacado jurisconsulto limeño. A continuación, presentamos el texto que refleja a cabalidad los sentimientos que suscita la figura y la obra de Jorge Avendaño.

Ustedes se estarán preguntando, con razón, cuál puede ser el motivo de mi presencia esta noche en el alto sitio de un acontecimiento en el que sobresalen figuras de nuestro foro, del mundo universitario y del pensamiento jurídico. Se debe, evidentemente, a la generosa invitación del doctor Jorge Avendaño, cuya sola solicitud constituye un honor.

Pero es probable también que no solo sean las preesas de la amistad, sino el eco lejano de un diálogo siempre iluminador y cordial que tiene años, no tantos como hubiera deseado en mi caso, y que también resuena en los sueños y en la magistral presencia pública de Jorge Avendaño.

Me explico. Avendaño no es ajeno al periodismo. Lo practicó juvenilmente y fue una de las esferas en las que creía cumplir cabalmente con su tarea de maestro. Las aulas y la academia le fueron siempre propicias y propiciadoras; pero su inquieto espíritu y el sentido de



servicio social lo llevaron a la prensa, ese escenario del debate político y la preocupación ciudadana.

Cuando don Jorge Avendaño fue Decano del ilustre Colegio de Abogados de Lima, tuve ocasión de trabajar con él en el área de prensa e imagen del Colegio y nuestra amistad creció bajo la idea de que debería extremar su vocación de servicio a la cátedra y a la ejecutoria privada a la más amplia del ejercicio político.

La razón se comprende con solo mirar nuestra historia y descubrir cómo muchos de los mejores hijos del Perú no tuvieron ocasión de llegar a altos destinos políticos por esa fatalidad que le atribuye a nuestros hombres públicos la condición perniciosa de la mediocridad, el facilismo, el caudillaje montaraz o la fuerza de la ignorancia.

Durante su Decanato, como lo ha recordado don Javier de Belaunde, Avendaño hizo frente a una situación política que ya era irritante para su conciencia jurídica; pues se trató nada menos que de la convalidación constitucional de un golpe, época en que se fraguó esa Carta que sigue siendo la piedra de toque de los prolongados pesares antidemocráticos que se viven desde hace más de ocho años.

Al surgir la candidatura de don Javier Pérez de Cuellar, nada más natural que se le invitara a Avendaño al Congreso, con la certeza de que su contribución en un amanecer democrático como el que representaba Unión por el Perú sería inestimable.

Las cosas no ocurrieron como se pensó, pues ya la maquinaria del abuso y la indignidad estaba montada, como que al mismo tiempo grandes masas veían en Alberto Fujimori a un redentor del terrorismo y a un reivindicador de los pobres, los marginados, los aspirantes a instalar una condición chicha en la vida peruana que ya había conocido, dicho sea de paso, correlatos sociales también anómalos como el *achoramiento* y el arribismo sin margen ético.

Avendaño fue elegido obviamente, pues la legión tan solo de sus alumnos hubiera bastado para consagrarlo.

Su batalla en el Congreso ha sido notable y prueba irrefutable de ello es el volumen *A la luz del Derecho. Cinco años en el Congreso de la República*; pues, más allá de su alto valor jurídico, es no solo testimonio del trabajo tenaz y constante de un hombre que se toma en serio sus obligaciones (pieza por lo mismo indirectamente acusatoria de tantos que vegetaron con la insolencia de acarreados y desconcertados invitados de piedra), sino sobre todo registro histórico y visionario del despeñadero al que llevaba al país un régimen que quiso vanamente entornillarse en el poder.

Nadie podrá decir, después de leer las participaciones, los alegatos, las mociones y los proyectos de Avendaño que no se le advirtió al fujimorismo cómo llevaba al país a la postración histórica, al imperio de la ilegitimidad y de la inseguridad jurídica, sentando las bases de una enfermedad social muy grave y consagrando la impunidad como el arma de un país amoral y a contrapelo de los grandes cambios ocurridos en el mundo y que conciernen a la universalización de los valores democráticos. Hoy, lo que eran vaticinios son crudas realidades y, lo que es peor, sin una clase política capaz de reponerse de tales imponderables.

En ese terreno, tendría que reprocharle al autor no haber incluido en su libro los artículos y entrevistas que concedió para señalar con ello su labor de publicista y de educador, conciente de que el ámbito parlamentario era insuficiente para remover conciencias y ganar adeptos en la causa de devolverle al Perú su condición civilizada y civilizadora.

Avendaño fue más allá que el Congreso, en el sentido de que no solo fue tribuno respetado («cuando Avendaño habla, la mayoría calla, aprende y quizá hasta se abochorna», contaba un cronista parlamentario), sino vocero de un estado de conciencia indignada frente al atropello. Un hombre probo y bueno que no podía callar ni tolerar la incivilidad dominante.

La política es docencia, es razón, es valor y valores, es tolerancia y esperanza, es también buen humor y fraternidad. Muchos de estos aspectos se congregan en la recia personalidad de Jorge Avendaño y están de manifiesto en este libro, inobjetable compendio jurídico pero, sobre todo, invalorable aporte de una conducta vigilante que no cede ni se arredra.

Agradecemos esta viva y renovada lección de Jorge Avendaño. Es señal de que aún en los peores tiempos las conciencias libres prevalecen. No quiero dejar pasar la ocasión de citar las palabras de otro tribuno y maestro que en su tiempo habló para las generaciones de siempre. El martes 2 de octubre de 1956, Raúl Porras Barrenechea, a raíz de que la mayoría rechazó el proyecto de resolución legislativa que planteaba la incorporación de don José Luis Bustamante y Rivero al senado, en palabras imborrables, dijo :

No es posible que todavía se repita el calvario de la inteligencia, que es toda la historia republicana del Perú, donde los civiles son siempre postergados, donde las eminentes figuras del país apenas si se asoman a un

lapso pequeñísimo de la historia para lanzar un decreto célebre, para propiciar la libertad de los esclavos o la supresión del tributo, para ser luego relegados por el poder militar, absolutamente al margen de la vida democrática.

Y luego añade:

El Inca Garcilaso, hermano mayor de todos los que padecen la inteligencia en el Perú dijo que el Perú era madrastra de sus hijos y apasionada madre de los ajenos. Es necesario cambiar ese destino adverso del Perú. Es necesario que todo aquel que tenga capacidad intelectual, técnica o artística ocupe el puesto que le corresponde y que no sea desplazado por el capricho de un tirano cualquiera, y es necesario que las nuevas generaciones aprendan a sentir que hay una conciencia democrática, un espíritu jurídico, un sentimiento del deber, y que las únicas soluciones no son las de la violencia y las de la sangre, y que debemos formar y propiciar todos un frente común contra la arbitrariedad, contra la fuerza, y principalmente algo que es indispensable para elevar el nivel moral del Perú, que las nuevas generaciones no sientan el agravio de creer que en el Perú el peor negocio es la honradez.

Ese mismo empeño, esa misma calidad espiritual hay que celebrar en los cinco años que Jorge Avendaño fue congresista, con la elocuencia, la dignidad y el señorío de un maestro y de un señor, en el más pleno y más sencillo sentido de la palabra.